

que hiciera entrar en razón a los díscolos. La salvación llegó, pero de fuera, debida al entusiasmo de las personas instruidas de otros países por los grandes hombres de la Grecia antigua, y a consecuencia también de una complicación especial de la política general europea que indujo a las potencias a intervenir en favor de los griegos cuando estos estaban sucumbiendo ya casi del todo.

Tuvieron los griegos la suerte de que en los demás países en general solo se referían sus heroicidades y no las miserias de sus hombres, al paso que nada se omitía de las atrocidades de los turcos. Los hombres de corazón se indignaban de que aquel puñado de héroes quedara abandonado a la merced de un enemigo inmensamente más fuerte y de una ferocidad sin ejemplo, que mataba ancianos, mujeres y niños inermes a millares. La muerte inicua del patriarca Gregorio había sido un reto arrojado a toda la cristiandad, y el reflejo de las llamas que devoraron la riqueza de la isla de Chio y que redujeron a Misolonghi a un montón de ruinas, enrojeció el horizonte de toda la Europa civilizada. La juventud académica, los doctos y los filólogos de Alemania, con su entusiasmo por la antigua Grecia vieron renacer en los griegos modernos a los Milcíades, a los Leónidas y a los Epaminondas. El anciano Voss dió 1,000 florines de su pobreza como «pequeña muestra de agradecimiento por la instrucción de que era deudor a la Grecia antigua.» W. Müller publicó sus *Canciones griegas*, y el mismo príncipe heredero de Prusia, y más todavía el joven rey de Baviera, manifestaron en palabras y obras sus simpatías por los griegos. En Francia se recordaron las hazañas y la fe de los cruzados, y hasta los ingleses, calculistas y mercantiles, se olvidaron de preguntar por las probabilidades de éxito y ayudaron. En todas partes se formaron sociedades para socorrer a los griegos, siendo el centro principal de actividad Ginebra, y en Ginebra la casa del opulento banquero Eynard, que desplegó a favor de esta causa una actividad asombrosa. A fines del año 1826 había reunido Europa para los griegos dos millones y medio de francos, suma enorme para aquel tiempo. Bandas de voluntarios, entusiastas y aventureros, pobres y ricos, hombres oscuros e ilustres, amantes de la libertad que no podían hablar de ella en su país, se reunieron y pasaron a Grecia. Hombres cubiertos de laureles como lord Cochrane, el héroe de las guerras de independencia de las repúblicas españolas de América, y su compatriota el general Church, que en las guerras contra Napoleón se había distinguido gloriosamente, fueron a ofrecer sus servicios al gobierno griego. Cochrane recibió el mando en jefe de la escuadra, que se aumentó entonces con los dos vapores nuevos, *Carteria* y *Hélade*, y Church fué nombrado general en jefe de las fuerzas terrestres. Razon tuvo entonces el ministro Reschid-Bajá para decir al sultán que tuviese presente que ya no peleaba con los griegos sino con Europa; y tanto era así que además del socorro en dinero, material y hombres que proporcionó este movimiento a la causa griega, arrastró finalmente también a los mismos gobiernos que más resistencia habían mostrado.

Es realmente vergonzoso que las consideraciones de humanidad, de caridad y fraternidad cristianas no tuvieran quien las representara en el consejo de las grandes potencias respecto del pueblo griego. El gabinete de Viena fué el que más empedernido, interesado y míope se mostró. Para juzgar de la consternación que había causado en Viena la sublevación de los griegos basta leer lo que escribió Gentz (1): «Suceda lo que sucediere, en último resultado, en España y Portugal, en la América del Norte y del Sur, nosotros podemos aguardarlo tranquilos... Otra cosa muy diferente es la

(1) Gentz, *Dépêches inédites*, tomo I, pág. 196.

suerte y marcha de nuestros vecinos orientales; allí no hay más alternativa que sostener nuestro sistema político ó renunciar para siempre a él, allí la cuestión es de vida ó muerte.» Con razón consideraba el gobierno de Viena la conservación del imperio turco como un contrapeso indispensable del poder invasor ruso, y de consiguiente, como un factor fundamental del equilibrio é independencia de los Estados europeos; pero lo que no tenía en cuenta la diplomacia austriaca era que, a la larga, era imposible sostener el imperio turco con su barbarie oriental en frente de la civilización cristiana. El Austria que jamás se había cuidado de su misión, de la cual tan enfáticamente sabía hacer alarde cuando le convenía, y que consistía en extender hacia el Oriente la civilización alemana, tampoco se cuidó de tal cosa a la sazón y toda la política de Metternich se redujo a contemporizar y ganar tiempo para eludir el peligro del momento. La debilidad interior del imperio austriaco, que en esta ocasión más que nunca se presentó a la vista del diplomático canciller en toda su espantosa realidad, hizo perder al Austria la ocasión más favorable de conquistar una gran posición en el Sudeste de Europa. Sin ningún sentimiento de compasión hacia el desventurado pueblo griego y sin la menor idea de la existencia de una fuerza interior que empuja a cada pueblo en una órbita de evolución propia, vió Metternich en la sublevación repentina de los griegos solo un suceso casual que podría dar ocasión a la Rusia para intervenir y enconar las diferencias latentes y permanentes entre esta potencia y la Puerta. Dominado por esta idea mezquina, trabajó con celo extraordinario para convencer a todas las grandes potencias de que la insurrección griega era pura y exclusivamente una obra revolucionaria en el sentido de la Carbonería, y que muy lejos de defender los intereses de la humanidad ni los de la religión cristiana solo se proponía sembrar la discordia entre las potencias, provocando una guerra entre Rusia y Turquía que tendría por resultado el derrumbamiento del orden político en toda Europa. El gobierno prusiano cayó como siempre en la red y dirigió una nota severa a los soberanos del Mediodía de Alemania, reprendiéndolos por sus aficiones filo-griegas y recomendando en especial al gobierno bávaro que vigilara muy estrechamente al filólogo Federico Thiersch como «uno de los apóstoles más desvergonzados de la libertad.»

Fuera de los turcos no tuvo la independencia griega ningún adversario tan feroz como Metternich, que se unió en seguida con gran ahínco al gobierno inglés, porque era el más receloso de la Rusia y el más interesado en impedir sus proyectos de engrandecimiento. En una conferencia que tuvo en octubre de 1822 con el rey Jorge y lord Castlereagh, en Hanover, consiguió establecer un acuerdo completo en la política de ambas cortes respecto de la cuestión griega.

Poco duró la influencia que Metternich había conseguido sobre el ánimo del czar en el congreso de Laibach, porque apenas hubo regresado Alejandro a su país cuando Capodistria y los intereses propiamente rusos recobraron su predominio. No podía suceder otra cosa: su posición respecto de la sublevación griega era muy distinta de la de otros soberanos; estaban de por medio las diferencias entre su gobierno y el turco, y además las simpatías religiosas entre el pueblo ruso y griego, simpatías que era preciso atender porque hacían en Rusia las veces de la opinión pública y casi obligaban al gobierno a tomar parte en la contienda turco-griega. En efecto, en 18 de julio de 1821, Stroganoff, embajador ruso en Constantinopla, entregó al ministro del sultán un *ultimatum* avisando a la Sublime Puerta que si no renunciaba a su sistema de gobierno respecto de sus súbditos cristianos, «haría imposible su propia coexistencia con

las demás potencias europeas.» El gobierno del sultán no contestó, no porque confiara en el auxilio de Austria, cuya debilidad no era ningún secreto para él, sino porque contaba con la desunión entre la Rusia y la Inglaterra. El embajador ruso suspendió, pues, las relaciones diplomáticas con el gobierno turco y se embarcó en 27 de julio para Odesa. Al tener noticia las otras potencias de esta ruptura de relaciones, pusieron en movimiento toda su diplomacia para evitar que se hiciera definitiva y degenerara en hostilidades; y como el czar Alejandro se dejó asustar en aquellos momentos críticos por el temor de una sublevación polaca a sus espaldas, consintió en no mezclar con la cuestión griega sus diferencias pendientes con la Puerta. Estas últimas se arreglaron, pero fué menester que el embajador inglés, lord Strangford, empleara todos sus recursos y toda la presión que le permitía el poderío de su país para arrancar al altanero gobierno turco las concesiones más indispensables para llegar a un acuerdo, a saber, la evacuación de los principados danubianos por las tropas turcas y la instalación en calidad de príncipes feudatarios del sultán, ó sea hospodares de Valaquia y Moldavia respectivamente, de los boyardos Gregorio Ghika y Juan Sturdza. Así se hizo y Metternich respiró tranquilo, diciendo «que la resistencia culpable de los rebeldes no daría ya lugar a ninguna complicación política.» En esta confianza esperó alegre el aniquilamiento de aquellos rebeldes por el general turco Churchit.

El mismo czar mostróse en el congreso de Verona docilísimo en la cuestión oriental, expresión que entonces se inventó, porque no podía renegar respecto de la Grecia de los principios que había aprobado en aquel congreso respecto de Italia. Los enviados griegos, «con sus exigencias torpes y pretenciosas,» no fueron siquiera recibidos por el congreso.

Pero el destino había dispuesto otra cosa, y estaba escrito que la cuestión griega había de pasar por las mudanzas más inesperadas. La que entonces tuvo efecto fué producida por dos sucesos simultáneos: el desgraciado éxito de la campaña de Mahmud, gobernador general de Drama, y la entrada de Canning en el ministerio inglés. Canning no se disimuló un momento el peligro que corría Europa «si la Rusia se tragaba del primer bocado la Grecia y del siguiente la Turquía (1).» Lo que determinó, sin embargo, su línea de conducta no fué este peligro europeo ni la simpatía que le inspirasen los griegos, en los cuales la Inglaterra ha temido siempre encontrar rivales poderosos para su comercio, ni ningún sentimiento hostil a la Turquía, que, muy al contrario, era para la Gran Bretaña una excelente barrera contra las intenciones de la Rusia sobre la India, sino únicamente el deseo de tener en sus manos las cuestiones de Oriente. Con este objeto encargó al embajador Strangford que instara con más fuerza que nunca a la Puerta a adoptar una conducta conciliadora con la Rusia; y por otro lado reconoció, en 23 de marzo de 1823, el bloqueo griego, que era reconocer a los griegos como beligerantes. Esto hizo escribir a Metternich con dolor profundo, que «en adelante le sería preciso desistir de la casi ciega confianza que hasta entonces había tenido en Inglaterra y que le había guiado en sus cálculos.» Era preciso cambiar de rumbo so pena de que el imperio austriaco quedara completamente aislado. Metternich, para realizar este movimiento, dispuso una entrevista de su soberano con el de Rusia en Czernowitz, en octubre de 1823, a la cual Metternich no pudo asistir por haberle detenido en el camino, en Lemberg, una enfermedad. El objeto de esta entrevista era convencer al czar de que era contrario al interés, tanto de Rusia como de Austria, dejar que la Inglaterra resolviera

(1) Véase Stapleton, *Life of Canning* (1831), tomo II, pág. 74.

por sí sola la cuestión griega, como pretendía Canning. El czar, que había cobrado nuevos bríos con la fácil victoria sobre la revolución española, se mostró accesible a esta reflexión y los dos soberanos convinieron en promover una intervención común en la cuestión griega. Con la mayor celeridad, para no dejar a la Turquía el tiempo de dar una nueva embestida, el ministro ruso, Nesselrode, envió, en 9 de enero de 1824, una memoria a todas las potencias, invitándolas a una conferencia en San Petersburgo para discutir un proyecto de intervención común, poner término a la efusión de sangre y buscar una solución a la cuestión griega. La solución que la Rusia proponía era la formación de tres diferentes Estados vasallos de la Turquía, compuestos uno de las islas, otro de la Grecia occidental y el tercero de la oriental; pero este plan, lanzado a la publicidad antes de tiempo, fué rechazado con igual indignación por los griegos y por el gobierno de Constantinopla. El sultán, que fundaba grandes esperanzas en las campañas de Ibrahim y del gobernador general de Drama, rechazó en términos expresos semejante ingerencia en sus asuntos interiores, tan contraria a las manifestaciones hechas por el congreso de Verona. Canning comprendió al instante el peligro que ofrecía la creación de nuevos Estados feudatarios, condenados desde su nacimiento a una eterna impotencia y a ser, de hecho, vasallos de la Rusia. Por esto aprobó la lección dada por la Puerta a la Rusia y la protesta de los griegos, diciendo que eran los actos más cuerdos que se habían realizado en Grecia desde los tiempos de Epaminondas. Con esta excusa se separó de la conferencia de San Petersburgo, que ya no tenía razón de ser.

En Viena dió mucho más que pensar el plan propuesto en San Petersburgo, porque el gobierno austriaco, poseído siempre de recelos é inquietud, a pesar de su intimidad melosa con el coloso del Norte, no cesaba de escudriñar los manejos y rodeos ocultos de la política rusa; y más se espantó esta vez del lenguaje usado por el czar al hablar de su posición respecto de la Turquía y de la contingencia probable de un rompimiento con ella en el caso de que no contestara a su gusto. Entonces Metternich aprovechó la permanencia de su esposa en París, a causa de una enfermedad, para entretenerse personalmente con el rey Carlos X, que entretanto había sucedido a su hermano en el trono de Francia, y con su ministro Villèle, sobre la política que habían de seguir de común acuerdo. En San Petersburgo hizo declarar por su embajador que no consideraba admisible más alternativa que la sumisión ó la independencia de los griegos y que rechazaba en absoluto toda medida coercitiva para con la Puerta que pasara de la amenaza de reconocer la independencia griega. A esta declaración contestó Nesselrode que en la independencia griega la Rusia no consentiría jamás, y como las otras dos potencias representadas en la conferencia tampoco estaban por medidas coercitivas, se redujo todo el resultado de las conversaciones de San Petersburgo a invitar al gobierno de Constantinopla amistosamente a que permitiera espontáneamente la intervención de las potencias. El sultán rechazó también esta invitación casi en tono despreciativo, y Alejandro, despechado de no poder hacer en el asunto turco-griego lo que Austria había hecho en Italia y Francia en España, declaró en 18 de agosto a las potencias que en sus diferencias con la Puerta no consultaría en adelante más que su derecho y sus intereses. Tan grandes eran su enojo y la desconfianza con que miraba a sus aliados antiguos que le ocurrió la idea de entenderse con el gabinete inglés, cuya separación de la conferencia le había agraviado seriamente. Hizo tantear el terreno por la esposa de su embajador en Londres, y Canning se mostró dispuesto a entrar

en negociaciones, porque de todos modos no tenía mas alternativa que dejar hacer á la Rusia ó entrar en sus planes para reducirlos á la menor expresion posible. Pronto quedaron, pues, entendidos los dos gabinetes y se pactó en un convenio preliminar que abarcaba estos tres puntos: olvido de lo pasado, confianza mútua y secreto.

Presentábase, pues, el emperador de Rusia, respecto de la Europa occidental, en union con el de Austria, como paladin del principio legitimista y perseguidor implacable de toda tendencia revolucionaria; y respecto de la Europa oriental, en union con Inglaterra, como protector verdadero ó aparente de la sublevacion de los griegos contra su soberano legítimo. A esto habia llegado la gran alianza de los dos emperadores y la Santa Alianza en general, que de hecho con esta mudanza quedó anulada.

Por una extraña ironía de la Providencia fué justamente Metternich, el enemigo mortal de los griegos, el que dió el primer paso para su salvacion en la entrevista de Czernowitz, y por otro capricho del destino fué tambien el primer diplomático que pronunció, en la comunicacion oficial que hizo presentar por el embajador austriaco al gabinete de San Petersburgo, como dijimos hace poco, la palabra decisiva: *Independencia completa*. En esta independencia ni siquiera habia soñado cuando pronunció aquella frase ni pensaba tampoco que llegaría á realizarse; por el contrario, estaba á la sazón persuadidísimo de que Ibrahim-Bajá, que en aquel momento desembarcaba con sus fuerzas en Morea, sometería sin falta al pueblo griego. Así cuando fingió adoptar esta alternativa no lo hizo obedeciendo á una necesidad imperiosa sino únicamente para averiguar las verdaderas intenciones del gobierno ruso, segun resulta de una carta que le dirigió su hombre de confianza, el consejero Gentz, en marzo de 1825 (1). Metternich y con él todos los diplomáticos austriacos sentían una alegría verdaderamente cínica al ver tan inmediata y tan segura la ruina de los griegos. Metternich decia: «Comparados con los liberales, los moros egipcios son dóciles y buenos como niños.» El representante del Austria cerca de la Sublime Puerta, Ottenfels, escribió á Gentz: «Lo que mas gustaria á V. seria la noticia de una victoria (de las armas egipcias ó turcas) en la Morea, un triunfo de Ibrahim ó del ministro de la Guerra, ¿verdad?» El mismo Ottenfels llama á los griegos «estrafalarios miserables.» Gentz los llama «raza infernal,» y el embajador de Austria en San Petersburgo escribió: «La Europa no tiene que agradecer á la Grecia antigua ni la cuarta parte de la gran civilizacion y de los beneficios inmensos que ha sacado de los descendientes del grande hombre y admirable legislador Mahoma.»

Para la causa griega tuvieron estas disensiones entre las grandes potencias un efecto deplorable, porque á los muchos bandos en que se hallaban divididos sus defensores se agregaron tres nuevos partidos, uno inglés, otro ruso y el tercero francés. El inglés era el mas poderoso á la sazón por los muchos y eficaces auxilios que la nacion inglesa prestaba á los griegos, y llegó á ser tan influyente que desalentado el gobierno y atendiendo á las instancias de Maurocordatos, declaró en 1.º de agosto que confiaba la nacion griega á la generosidad inglesa y la ponía bajo la proteccion exclusiva de la

(1) Véase el pasaje á que aludimos: «Es muy cierto lo que se dice del buen efecto de nuestra proposicion de usar como medio de negociacion contra la Puerta la amenaza de un reconocimiento eventual de la independencia de los griegos, V. E. ha previsto con gran acierto este efecto. Mucho le habrá costado al conde de Nesselrode tener que manifestar claramente las verdaderas intenciones de su gabinete, á saber, que no era esto (la independencia completa de los griegos) lo que la Rusia queria; que, muy al contrario, queria que los griegos volviesen bajo la dominacion del sultan, bien que obteniendo una existencia mas tranquila y una independencia puramente administrativa.»

Inglaterra. Canning no admitió el protectorado para no excitar celos y complicaciones, pero negoció como protector. En efecto, habiendo sido nombrado embajador inglés en Constantinopla su propio sobrino Sir Strafford Canning, en sustitucion de Strangford, que era partidario decidido de los turcos, le encargó que se avistara en el camino con el gobierno griego en Perivolakia. Strafford Canning celebró su entrevista y tan desanimado encontró al gobierno griego que ya no insistía en la independencia completa sino que se contentaba con una posicion mas libre que antes bajo la soberanía de la Puerta.

Antes que estos pasos llegaran á dar resultado, fué sorprendido el mundo por la noticia de la muerte del emperador Alejandro, que falleció el 1.º de diciembre de 1825 en Taganrog sin poder realizar su proyecto, alimentado desde mucho tiempo, de abdicar y retirarse á la vida privada (2). Las circunstancias especiales en que se efectuó la sucesion ejercieron una influencia decisiva en la marcha de la enmarañada cuestion oriental.

No habiendo dejado Alejandro sucesion directa habria tocado el trono á su hermano Constantino, que como virey de Polonia residía en Varsovia, si este no hubiese renunciado solemnemente la corona en 26 de enero de 1822 por no creerse con las cualidades necesarias para ponerse al frente de tan vasto imperio, y principalmente, por no separarse de la princesa polaca Grudzinska, á quien amaba apasionadamente. Esta renuncia habia movido á Alejandro á nombrar heredero del trono á su hermano inmediato Nicolás; pero ambas cosas, renuncia y nombramiento, se habian tenido secretas. Los documentos relativos á estos dos actos importantes se habian hecho en cuatro copias, que se guardaron en cuatro puntos diferentes, una en el palacio imperial de Moscou, otra en el archivo del Sacro sínodo, la tercera en el Senado y la cuarta en el Consejo de Estado. Nada se hizo tampoco á fin de preparar al hermano del emperador para su futura mision elevada, y explicóse este misterio con la tendencia mística de Alejandro, la cual hacía el fin de su vida llegó á un punto tal que se dejó imponer y dominar por las intrigas puestas en juego por el fanático archimandrita Foti. Tan pronto como se supo en San Petersburgo, oficialmente, la noticia de la muerte del emperador, el Senado invitó al gran duque Nicolás á presentarse en su seno para ser proclamado emperador. Nicolás se negó á la proclamacion é insistió en que fuese proclamado Constantino, al cual juró fidelidad, y lo mismo hicieron por su órden la tropa y todas las autoridades. Llegó por fin de Varsovia la carta de Constantino en la cual renovaba solemnemente su renuncia al trono, juntamente con el juramento de fidelidad á su hermano. Las autoridades no supieron qué hacer, porque recelaban que Constantino retirase su renuncia cuando supiera que su hermano Nicolás le devolvía la corona en vez de aceptarla. Nicolás la rechazó en efecto en favor del heredero legítimo, pero cuando Constantino se mostró inflexible, Nicolás aceptó y fué proclamado emperador el 24 de diciembre. Las tres semanas durante las cuales no se supo quién era el emperador, bien que todo se hizo en este espacio de tiempo en nombre de Constantino I, habian permitido completar los preparativos de una vasta conspiracion, producto de un nuevo espíritu que desde el Occidente invadía la Rusia desde los grandes sucesos de los años 1812 á 1815. Gran número de oficiales rusos habian conocido, durante una prolongada permanencia en Francia, instituciones, ideas y una sociedad enteramente nuevas para ellos, y el gran contraste que en-

(2) Véase la obra alemana de P. Goetze, *El príncipe de Galitsin*, pág. 329.

contraron al regresar á su patria fué para todos una verdadera revelacion. Coincidía con esto un enérgico y nunca visto movimiento literario, y todo junto creó un vapor político, una fuerza que necesitaba expansion y en la cual el deseo de reformas orgánicas iba unido al de conservar el carácter propiamente eslavo, el exclusivismo y odio respecto de todo elemento extranjero y la tendencia de conspirar contra lo existente por medio de sociedades secretas. Un sargento delató una de estas últimas, existente en el cuartel general del segundo cuerpo de ejército, y este descubrimiento fué para el czar Alejandro uno de los desengaños mas crueles. Tan grande fué despues su desconfianza que ya en 1821, estando en Laibach, instituyó, por supuesto con el mayor sigilo, una policia militar para vigilar los regimientos de la guardia imperial (1). Una sociedad, la de los Amigos verdaderos y fieles de la patria, formada ya en 1817, se dividió en dos ramas, una liberal monárquica, que tenia su centro en San Petersburgo y estaba dirigida por el príncipe de Trubetzkoj, y otra republicana, cuya cabeza era el comandante Pestel, de guarnicion en la fortaleza de Tuldchin, en Podolia. Todo estaba dispuesto para una sublevacion que debia efectuarse el 1.º de enero de 1826, pero la muerte de Alejandro y la prolongada incertidumbre sobre el sucesor del emperador difunto, indujeron á los jefes de la conspiracion en San Petersburgo á aprovechar la confusion de las tropas que habian jurado en el espacio de tres semanas fidelidad á dos emperadores y prender fuego á la mina prematuramente el 26 de diciembre. Solo el regimiento de Moscou, los granaderos del emperador y la tropa de marina respondieron al llamamiento; algunos miles de estos soldados se reunieron y dieron vivas á Constantino, que ya sabemos habia resignado la corona en favor de su hermano, y á la constitucion, con cuyo nombre creian aclamar á la esposa de Constantino. Hecho esto, nadie supo qué hacer; los jefes verdaderos de la conspiracion no se dejaron ver; el príncipe Trubetzkoj, que debia ser el dictador de la nueva situacion segun estaba convenido, se habia acobardado á última hora y jurado fidelidad al emperador Nicolás. Esto dió tiempo á la tropa fiel para rodear á los amotinados, y el emperador, deseoso de no inaugurar su reinado con una matanza, hizo arengar á los revoltosos por el general Miloradovitz para reducirlos á la obediencia. Sin embargo, uno de ellos le mató de un balazo; se presentaron á amonestarlos igualmente los patriarcas de San Petersburgo, pero tambien sin resultado, y entonces mandó el emperador hacer fuego, y bastaron tres descargas de metralla para dispersarlos. En seguida empezaron las prisiones, y de los ciento veintiun cómplices que resultaron fueron ahorcados cinco, entre ellos Pestel, Muravieff y el poeta Ryleyeff; los demás fueron condenados á trabajos forzados en Siberia y otros á castigos menores. El pusilánime Trubetzkoj fué perdonado.

Esta conspiracion, á pesar de haber sido sofocada pronto y sin gran trabajo, no dejaba de ser un síntoma grave de la fermentacion que habia inficionado la Rusia y principalmente el ejército, lo cual dió lugar al deseo de distraer este último en alguna nueva campaña fuera del imperio.

Para Metternich el cambio de soberano en el trono ruso fué un golpe tan rudo como imprevisto, porque habia creído como todo el mundo que á la muerte de Alejandro le sucederia Constantino, que era hombre dócil, mientras Nicolás I, además de no haber tenido nunca relaciones con Metternich, habia dado claramente á entender desde el primer día que no queria ponerse bajo la tutela de nadie.

(1) Véase la obra alemana: *Russische Wandlungen* (1882), págs. 407 y siguientes.

Canning fué mas hábil; con gran destreza espíó el momento favorable para proteger á la Grecia sin comprometer á su país en ninguna guerra, utilizando solamente el temor que causaba al gobierno turco la contingencia de una guerra con la Rusia. Con este objeto envió á la corte de San Petersburgo, bajo el pretexto de felicitar al nuevo emperador por su subida al trono, al duque de Wellington, cuya mision verdadera era trabajar en favor de la Grecia. Al principio Wellington encontró grandes dificultades, porque Nicolás manifestó una indiferencia completa, aunque quizás fingida, respecto de los griegos, y en cuanto á las diferencias entre Rusia y el gobierno turco, dijo que se arreglaría con él directamente sin intervencion de nadie. En efecto, envió en 17 de marzo un ultimatum á Constantinopla pidiendo el cumplimiento de lo estipulado en la paz de Bukarest, y como



Capodistria.—Copia de un grabado hecho por Wright

satisfaccion por los agravios recibidos, el envío de un plenipotenciario turco á Rusia para resolver todas las dificultades pendientes. Para no dejar duda de su resolucion de no admitir ingerencia alguna de otras potencias, no comunicó la remision de este ultimatum á Wellington sino cuando habia ya salido para su destino, pero á fin de conservar las buenas relaciones con Inglaterra y en la persuasion firmísima de que la Sublime Puerta no accedería á sus pretensiones, sin aguardar la contestacion al ultimatum firmó con Wellington secretamente en 4 de abril la famosa declaracion de admitir por base en la cuestion turco griega la discutida por Strafford Canning en Perivolakia á su paso para Constantinopla. Esto sucedió cuando la Rusia obtuvo en Grecia el triunfo moral de ver elegido, en 11 de abril, al conde de Capodistria para jefe del poder ejecutivo por siete años, bien que los griegos al propio tiempo admitieron la constitucion llamada de Trezene, que venia á ser una protesta solemne contra toda intervencion que tuviera por objeto decidir de su suerte sin contar con el voto de la Grecia y de otro modo que no fuera proclamando su independencia completa.

De esta declaracion, firmada por el czar Nicolás en San Petersburgo, data la redencion de los griegos.

No tardó el gobierno ruso en levantar un poco el velo, y llegando la noticia de la declaracion á oídos de los demás gabinetes, causó en estos grandísima sensacion. Metternich,